

los otros abades no lo abandonaron durante estos tres últimos días. Por fin, el 20 de julio, después de haber recibido la santa comunión y haber respondido *Amen* á las preces que se hicieron por él, se durmió en paz y descansó en el Señor contando la edad de ochentiocho años.

San Sabas no se descuidó de anotar el día y la hora de la revelación que san Selías había tenido de la muerte del emperador Anastasio; y habiendo vuelto á Jerusalén, supo que éste era precisamente el tiempo en que este príncipe, oyendo grandes truenos y viendo su palacio como rodeado de fuego del cielo, después de haber corrido de un departamento á otro, se había escondido en el sitio más secreto que pudo encontrar, donde no pudo evitar el ser herido por el rayo.

El patriarca Elías habiendo tenido revelación de la muerte de este príncipe y de que él debía seguirle pronto, lo comunicó á san Flaviano de Antioquía, que también había sido desterrado á Petra. Pero Flaviano habiendo tenido la misma revelación, así como la de su próxima muerte, lo que también le comunicó; de suerte que ambos murieron diez días después que Anastasio, y dos días después de haber recibido el mensaje. El abad Policronio cuenta de él que no bebió vino en todo el tiempo que fué religioso, y que guardó la misma regla siendo patriarca. Su nombre está marcado en el *Martirologio romano* el 4 de julio, con el de san Flaviano de Antioquía.

SAN GERÁSIMO, ABAD.

Colocamos á san Gerásimo á continuación de los discípulos de san Eutimio por ser su amigo particular, porque le quería mucho, y porque se había retirado por su consejo del mal paso que el impio Teodosio, usurpador de la silla de Jerusalén le había hecho dar con muchos otros. Era de la provincia de Licia, en el Asia Menor, y había abrazado en su patria la vida monástica, en la cual desde entonces había hecho singulares progresos y había sostenido grandes combates contra los demonios. De allí pasó á la Palestina, y se retiró en un desierto que estaba á lo largo del Jordán. El espíritu maligno, quien hasta entonces le había atacado inútilmente, obtuvo por fin alguna ventaja sobre él, pero no duró largo tiempo. Aun no habían transcurrido dos años desde que se había establecido en el desierto del Jordán, cuando el impostor Teodosio, de quien hablaremos en el capítulo siguiente, habiendo llegado á Jerusalén sedujo un gran número de solitarios. San Gerásimo se dejó arrastrar como los otros; pero Dios no permitió que una lumbrera tan resplandeciente, que él destinaba para alumbrar á tantos santos religiosos en este desierto, permaneciera largo tiempo extinguida. Gerásimo oyendo hablar de san Eutimio, quien era generalmente reconocido en todas estas soledades por un hombre lleno del espíritu de Dios, deseó verle, y fue á encontrarle en el desierto de Rubán. Conferenció muchas veces con él, y sus coloquios hicieron sobre su alma, lo que una medicina dada á propósito á un enfer-

† Vit. PP., Cotelier, Baillet.

mo ; pues echó todo el veneno de la herejía con que había sido infectado, y entró otra vez en la fé ortodoxa.

El disgusto que tuvo por haberse dejado seducir por los discursos emponzoñados de los herejes fué tan grande, que se impuso una penitencia muy dura ; y su ejemplo fué imitado por otros cuatro anacoretas, Pedro, sobrellamado Girnites, Marcos, Julón y Silvano, quienes se separaron de la comunión del impío Teodosio. Desde esta fecha vivió en estrecha amistad con san Eutimio, á quien debía favor tan singular. Algunas veces se encontraba con él cuando iba á pasar la cuaresma en Rubán ; y el Santo le profesaba un afecto tan grande, que le remitía, como había hecho antes á san Teutista, los jóvenes que pedían ser instruidos en la vida religiosa. También tuvo una fiel correspondencia con los más excelentes solitarios de la Palestina y particularmente con Anastasio, patriarca de Jerusalén, con san Teutista, san Sabas y san Juan el Silenciero.

Después que hubo pasado cierto tiempo en un completo retiro, recibió muchos discípulos, para los cuales fundó una laura compuesta de setenta celdas, para otros tantos solitarios, y un monasterio, en medio de esta laura para los cenobitas. El monje Cirilo nos dejó algunas de las reglas de piedad que practicaba y hacía practicar á los otros. 1º El monasterio era para aquellos que iban á abrazar la vida religiosa ; en él les formaban en todas las prácticas de este santo estado como en un noviciado. 2º En cuanto á aquellos que, después de muchos, largos y penosos trabajos, habían llegado á una grande perfección, los hacía pasar á la laura, en donde les daba celdas para vivir en el retiro y en el descanso del alma. 3º Les obligaba á pasar cinco días de la semana en riguroso silencio, sin otra nutrición, que pan, dátiles y agua. 4º El sábado y el domingo iban á la iglesia para participar de los santos Misterios, comiendo después juntos en el monasterio, en donde se les daba algo cocido y

un poco de vino. 5º No les era permitido encender fuego en sus celdas, ni siquiera para hacer una lectura. 6º Debían dejar las puertas abiertas cuando salían de sus celdas á fin de que cada uno tuviese la libertad de entrar en ellas y tomar, si quería, lo poco que había. Quería que obrasen así, ya para mostrar que nada poseían como propio, y que no tenían más derecho que los otros solitarios sobre aquello que se dejaba á su uso, ya para imitar con esto el ejemplo de los Apóstoles y de los primeros fieles de Jerusalén, entre los cuales todos los bienes eran comunes. 7º La pobreza les era tan recomendada así como la humildad, que tenían un cuidado especial de practicarlas bien, como siendo los más ricos ornamentos de las almas religiosas. Así llevaban tan lejos la renuncia á las comodidades de la vida y su despojamiento en todas las cosas, que ni siquiera poseían un manto, para ponerse sobre su hábito. Su cama consistía en una estera de juncos y una ordinaria manta hecha de diferentes piezas ; un botijón para poner agua, de que se servían para beber y para rociar sus ramas de palmera, constituía todo su mobiliario. 8º Su ocupación la formaban la oración y el trabajo de las manos. El sábado llevaban al monasterio su obra de toda la semana, y volviéndose el domingo á sus celdas, cerca la hora de Vísperas, se llevaban su provisión de pan, de dátiles y de agua para su sustento, y ramas de palmera para trabajar hasta el sábado siguiente. Así es como estos excelentes religiosos vivían en el descanso de su soledad, desprendidos de todos los cuidados de la tierra, reduciéndose voluntariamente á no dar á su cuerpo más de lo necesario, que consistía en muy poca cosa, y ocupándose solamente de crecer en virtud para merecer los bienes del cielo.

San Gerásimo velaba muchísimo para sostenerlos en la observancia de sus reglas ; y el monje Cirilo cuenta de él, que habiéndole pedido algunos de su laura que les permi-

tiera encender fuego para calentar su agua, para comer algo cocido, y hacer su lectura á la luz de la lámpara, les respondió: « Si quereis vivir de este modo, más vale que os retiréis á un monasterio; pues mientras yo viva no lo permitiré á los anacoretas. »

Los habitantes de Jericó, teniendo noticia de la austeridad de la vida de estos buenos solitarios, quisieron llevarles todos los sábados y domingos algunos refrigerios..... De su parte era esto un acto de caridad muy loable; pero la mayor parte de estos religiosos tan mortificados, bien lejos de regocijarse por la asistencia de estos seglares, se afligían, y aun rehusaban este pequeño socorro como capaz de dañar á su alma; y obraban así, dice el monje Cirilo, porque habían aprendido por las palabras y acciones de su santo Padre, que la abstinencia era la madre de la perfecta templanza, que los hacía más propios para las vigiliias y echaba los malos pensamientos.

Así, el mismo san Gerásimo hacía tanto caso de esta virtud, que sus discípulos decían que pasaba toda la cuaresma sin tomar otra nutrición que la del cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo. Habiendo, pues, sido, por una conducta tan santa, un modelo de virtud y una fuente de salud para todos aquellos de quien era el padre en Jesucristo, murió poco tiempo después que hubo rendido con san Ciríaco los últimos deberes á san Eutimio, cuya alma hemos dicho que vió subir al cielo al momento que se separó de su cuerpo. La muerte de san Gerásimo acaeció el 5 de marzo del año 474 ó 475.

Su laura estaba á una milla del Jordán por el lado de Jericó. Aun existía cien años después. Juan Mosch dice que habiendo ido á ella, le contaron que el Santo, estando un día sobre la orilla de Jordán, vió venir un león que marchaba solamente sobre tres piés, teniendo en el aire el cuarto, en el cual se le había clavado una espina que le ha-

bía causado una grande inflamación. Se le presentó rugiendo mucho por el dolor que sufría, y el Santo tocado de compasión, le sacó la espina, le hizo salir todo el pus del tumor que le había causado en el pié, se lo vendó y lo despidió. Dios, dice Juan Mosch, quiso hacer ver en esta ocasión que los justos que le sirven con fidelidad, pueden algunas veces sujetar las bestias mas feroces, como estaban sumisas á Adán antes de su pecado. Pues el león, como si hubiese estado dotado de razón, no le abandonó más, y le sirvió en su monasterio mejor que lo hubiera podido hacer un animal doméstico, sin causar el menor miedo ni el menor daño á nadie. Continuó así cinco años en el servicio del monasterio, al fin de los cuales muerto el Santo, rehusó todo alimento, y se fué á dejarse morir sobre su tumba. Juan Mosch alega por testigo de esta maravilla al abad Sabatias, discípulo del Santo, quien se había hallado presente.

Se cree que esta historia ha dado ocasión á los pintores de representar á san Jerónimo con un león cerca de él, habiéndole confundido con san Gerásimo á causa de la semejanza de nombre, que muchos escriben *Gerónimo* por una mala ortografía. Juan Mosch extiende mucho esta historia que nosotros nos contentamos con relatar en pocas palabras.

EL ABAD GELASIO¹.

Gelasio penetrado desde su juventud del deseo de consagrarse enteramente á Dios, abandonó el mundo, abrazó

¹ Cotelier.